

gobierno, dejando siempre la esperanza de mejores años; pero hoy, en pleno siglo de luchas en contra de todo poder con caracteres personalistas, siglo de socialismo, bolchevismo, etc., en que la realidad vista en países que como España, sufriendo hoy el peso de una dictadura militar; atrasándose, tal vez, una época, en la marcha normal de las naciones: nos hace suponer que la reacción a este movimiento político-militar, no vendrá luego, la herida recibida por el pensar libre e independiente, sangrará muchos años. El que hoy se diga que el país se ha salvado, que la bondad de los sentimientos de los que arriba dirigen los destinos de Chile es una garantía suficiente para que la conformidad haga presa de nuestros corazones de patriotas, y que las reformas constitucionales, emprendidas con todo el entusiasmo del poder y de los deseos de hacer un buen gobierno, motivan la vindicación de los ejecutores de este atropello constitucional, ante la conciencia del futuro, es un engaño más que agregar a la historia de esta pacífica revolución.

La burguesía, los que saben de comodidades duramente ganadas u oportunamente heredadas, los ricos que ven en todo movimiento de opinión un peligro para su tranquilidad, un número no consultado en el programa de fiestas, son en su mayoría los culpables de que se diga que la opinión pública es favorable a este movimiento llamado reaccionista, y que dicho con toda honradez, no es sino un salto de felino a los tiempos de nuestros bisabuelos, a los años de la colonia, en que gobernaba el Amo. Además, ¿existe acaso, la llamada «Opinión Pública»? ¿o no es más bien una irrisión, y muy cruel por cierto, el siquiera mencionarla como concursante en alguna forma, a la crítica periódica de nuestra triste situación política? Los poquísimos estudios que los diarios admiten publicar? deben ir redactados en la forma que los maestros dan a copiar las lecciones a sus discípulos: deben servir de guías al Gobierno y de marco a la OPINIÓN PÚBLICA, formándola y no dejando que vislumbre nada de la verdad; es una forma de gobernar, con certificado de antigüedad, dado por ese Rey de Francia, que dijo: «El que no sabe disimular no sabe reinar».

Funestimas consecuencias para la buena marcha de nuestra Nación se derivarán del actual Gobierno: se ha quebrantado un principio básico, se ha atropellado la legitimidad del concepto de libertad: las conciencias juzgan en la actualidad, en su oscuridad de caos, tomando como punto de mira, las afiladas bayonetas: el brillo siniestro, que jamás dejarán de despedir, impide despóticamente ver y oír la razón.

En nuestras cabezas doloridas, pesan con la gravidez del acero todos esos discursos y escritos de los nuevos políticos chilenos, de esos que no quieren conculcar ninguna atribución de los ciudadanos, de esos que aseguran retirarse del gobierno cuando hayan terminado la depuración de la Administración Pública y hayan asegurado la salvación del país: sus uniformes de guerreros, su voz lanzada a los oyentes con la enfática seguridad que les da una formación de batallones a sus espaldas, hacen que sus discursos lleguen a nuestros oídos con toda la amarga ironía de una buena mentira.

Los defectos del gobierno anterior, legítimo pese a sus errores, fruto de una elección popular, no implicaban sino fallas del momento, reparables con una reacción sana de gobernantes, elegidos en votación, que llevaran en sus personas la confianza unánime del país: desgraciadamente, el medicamento ha salido peor que la enfermedad: las desgraciadas complicaciones futuras, provenientes del militarismo en acción, serán inmensamente mayores que las que pudieron resultar del anterior gobierno.

La historia, en sus fallos demorados siglos, lanzados al mundo, después de analizados, con la tranquila conciencia del sabio que ve en todo ese cúmulo de sucesos una resultante directa de las aciertos o errores de los prohombres de esos

tiempos, ha condenado en forma absoluta los gobiernos militares. La influencia pretoriana en el Imperio romano, eligiendo con el apoyo de sus fuerzas a los emperadores y asesinandolos o expulsándolos de su regio sitial, a medida de sus deseos, motivaron en gran parte la decadencia romana. Los tiempos medioevales, consagrados a guerrillas, ahogando todo poderío que no fuera capaz de sostener con sus fuerzas el empuje de sus vecinos y rivales, provocó en los países la violentísima lucha que entronizó en una sola mano el summum del poder, destruyendo en sus cimientos los castillos de los señores feudales—símbolos de poderes que fueron— imponiéndose en esta forma el gobierno de la unidad, en provecho de todos y no de algunos feudos poderosos. Así pausadamente fuese ahogando la imposición de la fuerza, dejó el campo a su legítimo propietario; a la idea, a la razón. Si seguimos el curso de la historia, veremos que a medida que la ciencia y el conocimiento, avanzaban en las conciencias de los pueblos y principalmente de algunos de sus dirigentes más esclarecidos; vemos los estallidos en contra de toda autoridad armada, derribándolas, destruyéndolas con todo el odio del esclavo que se manumita de la ergástula.

Las páginas gloriosas de las armas, no se encuentran y no se leerán jamás en las constituciones de los pueblos; ellas se folian en los libros de batallas, en cuyos campos se dirimían libertades territoriales, y se trataba de conquistar glorias para la patria.

Decir que nuestras fuerzas armadas han incrementado sus hechos heroicos, con este alarde de poder, es mentirles, es no quererlas, es negarles la verdad que ellos no quieren ver; pero que tendrán que sentir.

Son muchos los que para defender su opinión favorable al militarismo niegan la fuerza de los hechos históricos, dicen no reconocer similitud alguna entre este gobierno y los que a golpes de cuartel, han existido en diferentes países, en épocas menos felices. Como si el mal en sus diferentes manifestaciones dejara de serlo, para transformarse en bien.

La Constitución ha sido directamente atropellada, se ha reabierto la vía por la que vendrán más calamidades a nuestra patria. El pernicioso ejemplo dado por las fuerzas armadas redundará en perjuicio de la Nación que han creído salvar; las armas usadas como argumento para calmar los disturbios, tranquilizar los ánimos, no han obtenido sino una reacción más terrible que la que se hubiera producido por la fuerza de los hechos, hábil y patrióticamente mantenidos dentro de las normas que las sociedades aceptan sin menoscabo de su dignidad y de su amor a la libertad.

Es imposible, diga lo que se diga, que la paz, en todo su amplísimo significado de bienestar y felicidad, sea una realidad dentro de nuestro territorio, mientras no haya desaparecido por completo la inmediata amenaza de las armas: opinar en los momentos actuales, con toda la independencia que las fuerzas de las circunstancias requiere, no parecerá bien a los gobernantes del momento: *ellos son fuertes y no desean ver objetadas sus buenas intenciones de no atropellar libertades consagradas por el derecho de vivir.*

La crisis por la cual atravesamos, no es nada comparándola con la que lógicamente tendrá que venir.

Ya se palpan algunas de las consecuencias, y para mayor desgracia del militarismo, el mal derivado del mal acto, cual es la revuelta que los llevó al poder, han principiado a sentir las en su seno: rumores hay de que la juventud militar está discorde con la oficialidad mayor, y si es cierto el aforismo popular «Cuando el río suena, piedras lleva», luego tendremos más de una roca en movimiento. Sería una magnífica cosecha de una siembra hecha en terreno no propicio.

H. MENDOZA

Santiago, 30, X, 24